

Parte 1. Un joven, un convento quemado y una historia

Todos pueden elegir: avivar las llamas o apagarlas.

William Charles Gregory

Calama

Víctor Hugo Lamparra contempló el ancho desierto blanco que rodeaba a la aislada Calama. Un vasto paisaje árido y muerto, con cerros como lomos de gatos emergiendo de la tierra calurosa y errantes nubes que buscaban a sus compañeras más adelantadas en el horizonte.

El verano acentuaba el clima amenazante, pero esto no intimidaba a Lamparra; los calores de Sardoña, su pueblo natal, lo habían acostumbrado a aguantar esa clase de desafíos. De hecho, se sentía como en casa. La piel tostada, el rostro firme como un moái, el cuerpo resistente, las manos secas pero gruesas, la mirada apasionada: estaba listo para ver lo que le preparaba el destino, aunque él no creyera en el destino. Una intuición le indicó que este solo sería un punto estacionario en una travesía mucho más grande, donde el calor nunca lo abandonaría. Y desde que ayudó con el fin de la plaga que había asolado a su querida Sardoña nunca se había visto tan intrigado por una nueva aventura, porque la dirección era clara: Calama, ciudad que había escuchado en muchas historias, ignorada entre los más experimentados trotamundos que siempre dirigían sus ojos al sur boscoso, nunca al norte árido. Pero él sí miraba al norte.

Ese mismo día debía atender otros asuntos, y quizás en otra ocasión podría pasear por esos valles muertos. Amaba el desierto, pues en él veía la gloria de la inexistencia y la pasión de lo monótono. Pero, sobre todo, amaba el calor, y esa preferencia había sido objeto de muchas burlas, aunque a él le diera igual. Era normal que la gente rechazara el calor e independiente de las razones que

tuvieran, siempre verían a alguien que amara tal clima como un ser ridículo. Lo que ellos no entendían era que comprender una naturaleza climática ayudaba a poder soportarla, y Lamparra en sí veía al calor como un elemento más del ambiente, como el viento o la tierra, se fundía con él hasta el grado de no sentirlo. Mientras no forzara su cuerpo o su cerebro a sus límites, todo estaría bien.

Llevaba un pantalón de buzo delgado, ventilado, negro y con dos rayas blancas a cada lado; zapatos ligeros y flexibles, aptos para largas travesías; una polera blanca manga corta, delgada y algo holgada, nada ajustada; una mochila llena pero no tan pesada y un jockey deportivo amarillo con visera. Era pésimo con la navaja, dejándose siempre una afeitada pobre. Fuera de ese defecto, su rostro era tranquilo, inexpresivo en algunas ocasiones.

Caminaba despacio, a pocos kilómetros de la ciudad, inspeccionando el camino y gozando del paisaje. Nada lo apuraba. Se había bajado del bus para estirar las piernas, ya que el viaje lo había dejado muy agarrotado. Estaba de buen humor y merodear al lado de la carretera hacía que se topara con cosas interesantes: botellas de cerveza vacías, huesos de animales y muchas otras cosas polvorientas, principalmente piedras de gran tamaño y de forma extraña. Le resultaban extrañamente interesantes, lo suficiente para darse cuenta de que no había un exceso de mugre en los costados de la carretera; la basura en los caminos era un problema que siempre le incomodaba.

Volvió a mirar el paisaje. La verdad era que pocas cosas lo hacían relajarse: una de ellas eran las planicies llanas y casi infinitas, indómitas por el clima, duras por el abandono de toda vegetación.

Dejando de lado esas distracciones pequeñas, en su mente siempre estaba presente a lo que había venido: debía reunirse con una monja en el lado oeste de la ciudad, en unos barrios alejados de la urbe, probablemente peligrosos. Naturalmente, sabía muy bien que casi todo el crimen de una ciudad se concentraba en sus periferias, o al menos así pasaba en Chile; cada pueblo o núcleo urbano, desde Arica a Punta Arenas, seguía esa estructura de eventualidades.

En lo que le concernía a él, era una misión encargada directamente por el gobierno, algo en lo que ellos, por lo visto, no querían involucrarse. Ya había pasado antes, pero este caso en especial lo intrigaba; la falta de detalles entregados en el sobre hacía cuatro días lo incomodaba un poco, no obstante, la sorpresa de saber de qué se trataba lo impulsó a aceptar el trabajo.

Quema de un convento en el oeste de la ciudad de Calama. Juntarse con Mónica Duarte. Firma: Clasificado.

Eso era lo que podía sintetizar de toda la absurda palabrería burocrática de la PDI. Desde que aceptó trabajar con ellos siempre le molestó la inmensa tramitación para decir o solicitar cualquier cosa. Mas encima ni siquiera le dejaron un número de teléfono al cual llamar, solo la dirección simplificada de un recinto religioso que se había quemado hacía un par de semanas y el nombre de la monja sobreviviente. Se podía percibir una increíble falta de formalidad en el exceso de palabras; siempre prefería que fueran al grano, aunque de una manera detallada que le permitiera hacer mejor su trabajo. Eso precisamente era lo opuesto a lo que las cartas de la Policía de Investigaciones, rama Clasificada, mostraba en sus encargos: mucha palabra innecesaria y poco detalle. Hablaría con Clasificado a su regreso, para que estas cosas se hicieran de una manera más metódica y comprensible. No era un Hombre de Negro para que le hablaran en códigos, quería que le explicaran las cosas como personas normales, sin aparentar misterios sensacionalistas, independientemente de que se trataran de hechos y asuntos poco comunes y absurdos para quien los oyera.

Volviendo a la naturaleza del trabajo, Lamparra no era específicamente un hombre religioso, pero prefería ser respetuoso con todas las visiones que se le iban presentando en la gente que conocía. Para la quema de un convento era de esperarse que los hechos tuvieran alguna connotación demoníaca o algo así, cualidad probablemente atribuida por sus propios exresidentes. Prefería escuchar

sin criticar; había visto lo suficiente en sus aventuras como para darse el lujo de considerar las más locas teorías o relatos. Después de todo, él era de los pocos en Chile, y quizás en el mundo, que sabía que existían cosas como la magia y las entidades sobrenaturales.

Ahora bien, siempre prefería guardar distancia contra todo rasgo de fanatismo u obsesión, ya que sabía que, incluso viendo las cosas de frente, era imperativo mantenerse al margen y actuar en el mejor momento. Dejar de lado parte de sus sentimientos en ciertas instancias era algo que su entrenamiento de años le había enseñado: un juicio objetivo valía más que mil emociones, y solo así podría tomar mejores decisiones para con lo que fuera apareciendo en los extraños senderos que recorría.

Ahora esperaba cualquier cosa. Recopilaría toda la información necesaria para saber qué diablos le había pedido la PDI, y por lo menos ya tenía prevista la forma en cómo tomarse los eventos que le contarían o cualquier cosa que leyera. Al final, eso era lo más divertido: una sorpresa, y lo que fuera debería verlo de manera disciplinada, más allá del resabio inicial; estas cosas se trataban de asuntos desagradables y amargos.

Siguió caminando, nunca fatigado o afectado por el calor. Los edificios y casas crecían cada vez más en el perfil blanco, y la carretera no paraba de formar un vibrante espejismo en la línea horizontal, que llevaba hasta un bajo nivel polvoriento. Ahí la carretera de la Ruta 23 se conectaba con otras adyacentes, tanto a la izquierda como a la derecha. A esa altura vio a los primeros autos y micros desde su descenso del bus. Un par de paraderos aparecieron y casi ninguna persona esperaba en ellos. Advertía una bienvenida bastante pacífica, como un vaquero que llegaba a un pueblo abandonado del viejo oeste.

En el tercer paradero decidió sentarse y esperar un colectivo. Con cada paso de vehículo una polvareda se levantaba con gran agitación, haciéndole tener que abanicar su gorra para alejar las desagradables motas de polvo. Por lo menos el rudimentario paradero tenía techo, lo que le permitió ver mejor los vehículos que pasaban. Abrió el bolsillo izquierdo de la mochila y sacó una

cantimplora, bebió tres sorbos y se limpió la boca con el dorso de la mano. Una delicia, el agua se disfrutaba mejor en esas latitudes.

Tras quince minutos pasó un auto azul con un letrero que decía Villa Los Copihues. Al parecer era un transporte local, un colectivo del área, así que Víctor alzó la mano y el vehículo se estacionó bien cerca.

—¿A dónde va? —preguntó el conductor.

—Al sector oeste, donde se quemó una iglesia, si no me falla la memoria —respondió.

—Mmm... —tarareó el conductor —, ¿usted no es de por aquí, verdad?

Lamparra se encogió de hombros y, con sinceridad, contestó:

—No, soy solo un vagabundo curioso. Además, tengo familiares que viven cerca y quiero saber si están bien. Hace tiempo que no los veo y son viejitos; no saben usar el celular ni tampoco mandar correos —explicó Víctor, intentando parecer más natural.

Pensativo, el colectivero agitó su cabeza y luego vol-vió a mirar a su posible pasajero.

—Bien, adelante; tiene buena pinta y yo tengo buen ojo; 15 años en este negocio le enseñan mucho a uno. Ven-ga, súbase, lo llevaré directo al exconvento para que se reú-na con su familia. ¿No le importa que le cobre un poco más?

—¿Cuánto es un poco más?

—Treinta por ciento.

—Mire: no conozco los precios de aquí, es la primera vez que vengo, para serle sincero; mis familiares se mudaron hace mucho. Si no es más de tres mil pesos, no hay proble-ma.

—Serían, veamos... sí, dos mil trecientos.